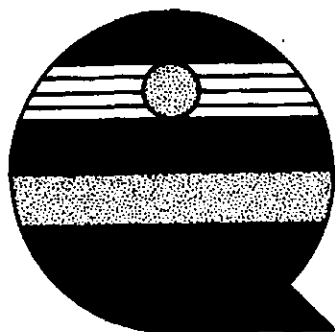


LAS CIENCIAS SOCIALES y la formación de comunicadores sociales

FABIO LÓPEZ DE LA ROCHE*



quisiera sugerir en este ensayo algunas ideas sobre el papel de las ciencias sociales en la construcción de una propuesta curricular en las Carreras de Comunicación Social adaptada a ciertas necesidades y demandas de los tiempos actuales. Parto de la idea de que los currículos, incorporando necesarias permanencias, tienen que estar en permanente revisión y adaptación a las cambiantes condiciones del contexto histórico-económico, socio-político y cultural. No pretendo formular aquí una propuesta exhaustiva e integral en torno a las distintas disciplinas sociales componentes de la formación del comunicador. Tampoco intentaré abordar el sentido de las humanidades —diferenciadas de las disciplinas sociales— ni de los oficios y saberes prácticos como la fotografía, el video o la expresión gráfica, en la formación del comunicador. Intentaré solamente presentar unas cuantas ideas que ayuden a alimentar el debate sobre la función de algunas de las ciencias sociales en ese proceso y, alrededor del tema de la formación política del comunicador y el estímulo por ella a viejas y nuevas formas de ciudadanía. Finalizando el texto, plantearé algunas inquietudes en torno

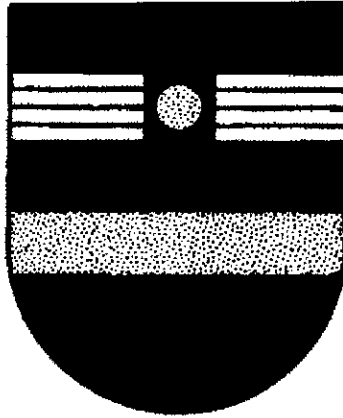
* Historiador, Profesor del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana, Investigador del Instituto de Estudios Políticos de Universidad Nacional.

a las actuales demandas de renovación de la docencia universitaria en el contexto del nuevo espacio audiovisual contemporáneo. Ideas para debatir y ser cotejadas con otras con el fin de estimular así una adopción más informada y más nutrida por distintos puntos de vista, de las decisiones sobre reestructuración curricular en los programas de Comunicación Social.

Quisiera sugerir también que cada escenario nacional, en dependencia de los procesos particulares de configuración de su sistema de comunicación, de su historia cultural y política y de sus actuales demandas sociales y conflictos, presenta muy probablemente ciertas prioridades en la formación de sus comunicadores sociales.

La pertinencia de la Historia

En un momento como el que nos toca vivir finalizando el siglo XX, de aceleración inusitada del tiempo, de fuertes transformaciones socio-culturales asociadas a los nuevos lenguajes y tecnologías de la información y la comunicación que pueden implicar la aparición de brechas y dificultades en el diálogo intergeneracional; de operación de tendencias al centramiento de la atención en el presente en perjuicio de la conciencia histórica y de la construcción de perspectivas de futuro, es importante reafirmar el sentido de la historia en la formación del comunicador. Los quiebres dictatoriales de la década de los setenta, las grandezas y miserias de los populismos históricos de los años treinta a los sesenta, los méritos y aportes pero también los excesos y abusos de los metarrelatos desarrollistas y revolucionarios, las experiencias mediana o mayormente exitosas de construcción de instituciones y culturas políticas democráticas, son fenómenos que deben ser parte integral de la formación del comunicador con miras al desarrollo desde él de una práctica profesional en los medios de comunicación u otros eventuales escenarios laborales, imbuida de *densidad histórica* y de conciencia del valor de la democracia.



Junto a una formación básica en historia moderna y contemporánea europea y norteamericana (un texto importante a trabajar allí podría ser la *Historia del Siglo XX* de Eric Hobsbawm), me parece imprescindible una historia latinoamericana, por lo menos del siglo XX, que incorpore, además de algunos hechos y períodos básicos de la historia económica, social, política y cultural, acontecimientos y períodos sustanciales en la evolución de los medios de comunicación, así como de la historia de la cultura

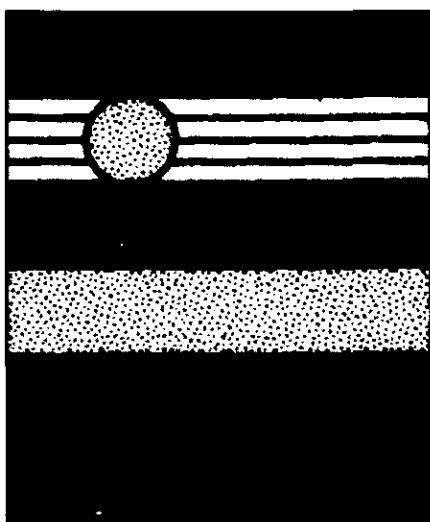
de masas en la región. Allí debería abordarse el fenómeno de la masificación en sus dimensiones más sociológicas: la urbanización, el crecimiento del sindicalismo como un mundo de perspectivas compartidas, el desarrollo de partidos políticos que comparten masivamente ideologías, la expansión de la cobertura de la escuela produciendo alfabetizaciones y saberes masivos y consecuentemente una relativa homogeneización cultural. Esos planos de la masificación sociológica deben ser estudiados en su imbricación compleja con las formas tecnológico-mediáticas y otros escenarios y medios de los procesos comunicativos. En esa historia de la cultura de masas especial atención podría tener la evolución histórica de las formas del consumo de bienes materiales y simbólicos y la relación de ese proceso con el Estado, el mercado y el desarrollo de la publicidad.

Para el caso colombiano o el de cualquier país latinoamericano, resulta apenas obvia la demanda de una formación en un buen conocimiento por lo menos de la historia nacional en el siglo XX. Conocer los elementos centrales, los logros y las deficiencias en el proceso de construcción de su modernidad. Deseable además, desde pautas teóricas y metodológicas de historia latinoamericana comparada, indagar por la especificidad de la propia experiencia nacional y los elementos de diferencia con otras trayectorias histórico-sociales e institucionales de otros países de la región (para citar sólo algunos de los elementos definitorios del caso colombiano, la centralidad de la Iglesia Católica en la vida social y la vivencia religiosa de la política, la escasa inmigración

ción extranjera, el aislamiento y el carácter mediterráneo del país, la abrupta y fragmentada geografía, la precariedad histórica del Estado-Nación, la frustración del nacional-populismo, la fragilidad histórica de las imágenes acerca de la identidad nacional y la centralidad de la violencia en la vida social y en el imaginario de la nacionalidad).

El sentido de la Antropología

A la Antropología le corresponde en forma privilegiada la tarea de contribuir al desarrollo en el estudiante de un sentido de profundo respeto por la alteridad. En Colombia, como en otros países de la región, muchas de las expresiones de violencia e intolerancia han estado asociadas a la dificultad para reconocer y respetar la diversidad étnica y cultural (tradiciones, costumbres, modelos de vida, concepciones diferentes del progreso individual y social), escamoteada en nuestro caso no tanto por la ideología nacionalista de masas que en la experiencia histórico-política contemporánea colombiana no llegó a constituirse en una influencia predominante, sino más bien por las homogeneizaciones provenientes de la cultura católica tradicional, dominante hasta bien entrados los años sesenta y buena parte de los años setenta, como también de las estandarizaciones culturales derivadas de la aplicación de los presupuestos desarrollistas con sus fuertes contenidos etno-euro y norteamericano-céntricos. Habría que agregar también, las homogeneizaciones derivadas de la difusión de los marxismos europeo-occidentales, este-europeos y asiáticos dentro de las izquierdas criollas, que en nombre de la emancipación política y social de los de abajo, se tomaron muchas veces la atribución de determinar desde fuera, sin mayor consulta y sobre la base de los imperativos de la ideología, qué era lo popular, y de reducirlo, por ejemplo, a la noción de «proletariado».



El reconocimiento hecho por la Constitución de 1991 de la diversidad étnica, religiosa, lingüística y cultural constitutiva de la sociedad colombiana, ha estimulado la visibilidad cultural y la figuración política de las minorías étnicas, particularmente de los grupos indígenas, pero también de la población negra, luego de más de cien años de funcionamiento bajo la orientación de una Constitución como la de 1886, centralista, homogenizadora y desestimulante de la participación popular como fenómeno inconveniente y eventualmente peligroso.

Pero la Constitución de 1991, expresando tendencias internas que coinciden con otras similares presentes en la vida internacional, ha dado también lugar a la visibilidad social y comunicativa de otras diversidades: religiosas, sexuales, filosóficas, etéreas y de género. La prohibición hace unos dos años por la Corte Constitucional de la consagración anual del país al Sagrado Corazón de Jesús (acto ritual gubernamental mediante el cual se refrendaba oficialmente el supuesto carácter católico-unitario de la nación), constituyó un acto jurídico de claras implicaciones simbólicas: no sólo en la medida en que los colombianos tal vez debido a esa rutina ceremonial oficial solíamos y solemos referirnos a Colombia con altos contenidos de ironía como al «país del Sagrado Corazón», sino también porque los magistrados argumentaron que consagrar el país al Sagrado Corazón de Jesús era abusivo con los otros cultos, teniendo en cuenta que la sociedad colombiana se ha venido constituyendo en

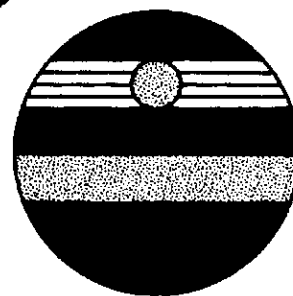
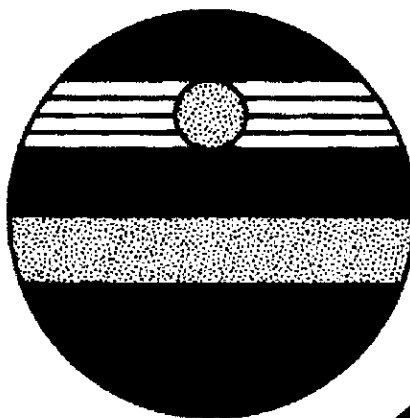
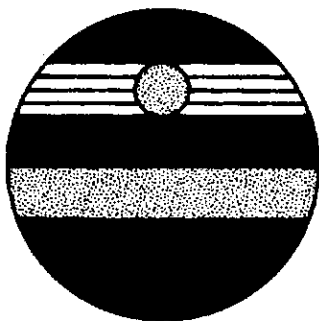
una sociedad cada vez más diversa y plural desde el punto de vista de las confesiones religiosas.

En los últimos años asistimos también en Colombia a un creciente reconocimiento de las minorías sexuales; del lesbianismo, el homosexualismo y la bisexualidad como posibilidades de vivencia de la sexualidad, prácticas que han empezado a gozar de respeto y que han comenzado a abordarse seriamente desde diferentes propuestas audiovisuales: un buen ejemplo sería la cons-

trucción de la figura del homosexual desde el personaje de *Marcel* en la serie *Hombres*.

Los procesos de reconocimiento étnico-cultural favorecidos por la Carta Constitucional de 1991, los replanteamientos que se producen estimulados por ella en las relaciones entre etnicidad y territorialidad, los conflictos a este respecto entre comunidades indígenas y negras, la proliferación de sectas, movimientos y nuevas expresiones religiosas, la mayor conciencia en el país de la problemática medio-ambiental, de la preservación de la biodiversidad y de la conveniencia de un desarrollo humano sostenible, son algunos de los factores que están siendo objeto del interés de los antropólogos y que constituyen temas alrededor de los cuales la enseñanza de la Antropología en las facultades de comunicación podría jugar un importante papel hacia una mayor *capacidad de sintonía* de estas con los problemas nacionales y hacia el diseño de formas más adecuadas de intervención de los comunicadores sociales en nuevas propuestas de información y comunicación sobre nuestros conflictos y diversidades culturales.

La Antropología en Colombia ha sido durante muchas décadas una disciplina centrada en preocupaciones fundamentalmente indigenistas, probablemente debido a la precariedad en nuestro caso de una orientación nacionalista de las élites dirigentes que reivindicara las tradiciones y elementos precolombinos, las culturas populares o al menos el mestizaje republicano, y a una disposición marcadamente oligárquica y elitista de la cultura, para no hablar del hispanismo reaccionario que pretendió muchas veces hacer de una lectura conservadora de la tradición cultural española el paradigma de la nacionalidad.



No obstante su marcada tradición indigenista, la Antropología en Colombia ha venido abriéndose a los temas arriba mencionados y muestra actualmente una disposición de apertura a nuevas temáticas relacionadas con la urbanización, la cultura de masas y la globalización¹. La difusión de las investigaciones de Néstor García Canclini y de la producción intelectual de Jesús Martín Barbero, además de la amplia labor de este último en la divulgación en el país

de los avances de la investigación latinoamericana y universal sobre la comunicación y la cultura, probablemente han contribuido a esa mayor apertura teórica y temática de la investigación antropológica en Colom-

bia². La aproximación de muchos antropólogos y de muchas de las investigacio-

¹ La dedicación del VIII Congreso de Antropología en Colombia (5 al 7 de diciembre de 1997), al tema de *Globalización, multiculturalidad y medio ambiente* y la diversidad de problemas y enfoques abordados por los 26 simposios propuestos, expresa claramente las tendencias de renovación temática y de desplazamiento transdisciplinario que experimenta la Antropología actualmente en Colombia.

² Sobre las dificultades de la investigación antropológica en América Latina para abrirse a perspectivas teóricas renovadoras y a nuevos abordajes temáticos, y al mismo tiempo, sobre las dificultades de la sociología para enriquecer su mirada sistémica y estructural-funcional con las aportaciones teóricas y temáticas de la sensibilidad antropológica, ha escrito García Canclini un sugestivo artículo titulado *Los estudios culturales de los ochenta a los noventa: perspectivas antropológicas y sociológicas* (En: GARCÍA CANCLINI, Néstor (comp.). **Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina**. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995. El artículo nos parece sugestivo no sólo para propiciar el debate acerca de las relaciones entre Antropología y Sociología, sino también para la consideración de la cuestión del diálogo entre otras disciplinas sociales.

nes antropológicas contemporáneas al campo de los Estudios Culturales, marcado por el estudio privilegiado de la relación entre cultura y medios de comunicación (aproximación realizada por distintas vías, entre ellas la de los *Cultural Studies* británicos o la de la investigación latinoamericana de la comunicación), abre un campo muy fructífero para una vinculación más estrecha de la Antropología a la comprensión de los fenómenos comunicativos y al desarrollo de nuevas metodologías para el estudio de los mismos.

La Sociología y la formación del comunicador

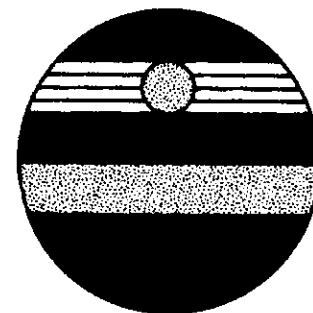
Así como la investigación histórica contribuye a la configuración de miradas abarcadoras de mediana y larga duración, a la comprensión de grandes procesos y secuencias y al establecimiento de criterios de periodización de la historia, la Sociología está llamada a despertar el interés por las grandes estructuras, por los aspectos sistémicos de lo social, los actores colectivos (grupos, clases, estamentos, estratos), las instituciones, los roles y las funciones sociales. Más allá de un conocimiento mínimo de los clásicos (Durkheim, Marx, Weber, Parsons), resulta conveniente brindar en las facultades de Comunicación un conocimiento básico del pensamiento sociológico contemporáneo. Este pensamiento ha evolucionado en las últimas décadas hacia una sensibilidad más antropológica y de interés creciente hacia las metodologías cualitativas, las cuales se integran en algunos casos de una manera creativa y complementaria con la intención cuantificadora. La Sociología de la educación y la cultura de Pierre Bourdieu, la Sociología fenomenológica de Peter Berger, el pensamiento de Anthony Giddens, el interaccionismo simbólico y la etnometodología, son sólo algunas de las tendencias del pensamiento sociológico contemporáneo que podrían jugar un papel importante en la formación del comunicador, brindándole valiosos elementos para la construcción de una visión crítica del propio *campo* de la comunicación y de la complejidad de influencias, actores y significaciones que tienen lugar en la interacciones sociales y comunicativas contemporáneas.

En cuanto al desarrollo de la Sociología en América Latina, sería deseable un conocimiento mínimo del pensamiento social latinoamericano en su período ensayístico clásico (Bolívar, Sarmiento, Martí, Rodó, Rafael Uribe Uribe, Mariátegui), y prestar también atención desde una intención comparativa a los posteriores procesos de institucionalización del campo de las ciencias sociales en los distintos países de la región (años en que esta se lleva a cabo en cada país, tradiciones académicas que allí se gestan, instituciones, padres-fundadores y otros datos de la historia intelectual de la Sociología en cada escenario nacional)³.

Sobre el desarrollo del pensamiento sociológico latinoamericano, además de los momentos fundacionales, habría que mostrar los aportes de las distintas escuelas y tendencias que se desarrollaron en las décadas correspondientes a la segunda mitad del siglo XX: la teoría de la dependencia en sus distintas versiones, el pensamiento desarrollista cepalino, la teoría del imperialismo, las relaciones entre éstas y el desarrollo de un pensamiento sociológico marxista en la región, la labor fundadora o más exactamente re-fundadora de Orlando Fals Borda en Colombia y el impulso dado por él a la investigación-acción participativa, el desarrollo por Gino Germani de un pensamiento estructural funcionalista con importantes acentos latinoamericanos, hasta las tendencias más recientes de elaboración de una Sociología latinoamericana de la cultura, plasmadas en un importante trabajo como lo es el del chileno José Joaquín Brunner, *Un Espejo Trizado*⁴.

³ Cfr. Acerca de esos procesos fundacionales de las Ciencias Sociales en Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, el Capítulo III (*El campo de las ciencias sociales: antecedentes para la configuración y ubicación de los Centros Académicos Independientes*) del libro de BRUNNER, José Joaquín y Alicia Barrios. **Inquisición, Mercado y Filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay.** Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, 1987.

⁴ Cfr. BRUNNER, José Joaquín. **Un espejo trizado. Ensayos sobre**



Nos parece importante que el comunicador social conozca este panorama del pensamiento sociológico latinoamericano y pueda cruzarlo con el conocimiento de temas y problemas necesariamente presentes en una historia y una Sociología de la comunicación en nuestra segunda mitad del siglo XX: la difusión de innovaciones, las corrientes críticas de los años sesenta y setenta, la comunicación alternativa, las políticas nacionales de comunicación y, en general, la sucesión de paradigmas de investigación y de formulación de políticas comunicativas característicos de este período⁵.

En momentos en que desde ciertas lecturas de nuestra historia contemporánea, ya en clave ideológica neoliberal o en otras claves de desmemoria, se intenta desvirtuar el sentido que pudieron haber tenido en su momento fenómenos como el intervencionismo económico de Estado, la Teoría de la Dependencia, el desarrollismo cepalino, el proteccionismo o las políticas nacionales de comunicación, es importante reivindicar el papel y el sentido en nuestros días de la memoria histórica sobre esos

esfuerzos sociales, institucionales e intelectuales: saber apreciarlos en sus contextos histórico-políticos, económico-sociales, internacionales, filosófico-políticos y culturales, y sobre ese fondo temporal-espacial evaluar sus méritos y sus insuficiencias. Ese conocimiento es importante también si tenemos en cuenta que muchos de los altos funcionarios de los Estados y de los actuales gobiernos en el poder en América Latina (el caso más claro sería el del presidente Fernando Henrique Cardoso), se formaron en varios de los paradigmas arriba anotados y sus prácticas político-administrativas actuales probablemente están expresando maneras diferenciadas de relacionarse con viejos ideales político-ideológicos, herencias generacionales de sensibilidad social, e historias universitarias e intelectuales.

Las nuevas generaciones de latinoamericanos pueden hacer un buen uso del derecho y del deber ético y cultural de dialogar atentamente con esas otras sensibilidades políticas y sociales que les antecedieron, y en ese sentido tanto la academia como los medios de comunicación y quienes los orientan, podrían jugar un importante papel en la construcción de un rico y argumentado diálogo intergeneracional.

Los estudios culturales y la formación política y cultural del comunicador

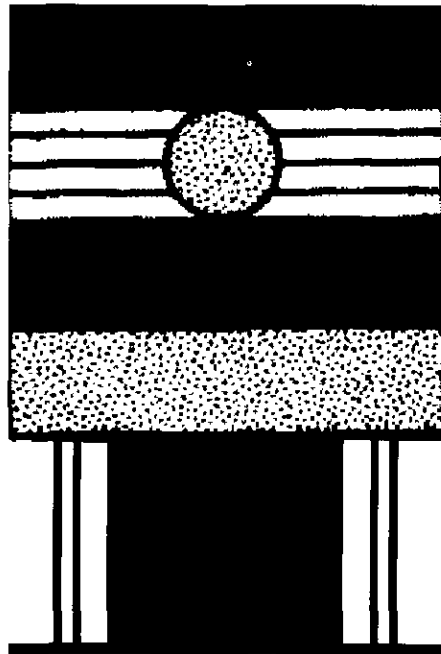
Aunque no constituyen propiamente una disciplina social sino un campo de estudios inter y con frecuencia transdisciplinario, los estudios culturales deben jugar un papel central como nutrientes de la formación de los comunicadores sociales. Su figuración curricular puede llevarse a cabo por varias vías: ya desde los cursos de Teorías de la Comunicación, dentro de las cuales la reflexión universal y latinoamericana sobre la relación comunicación-cultura debe tener un lugar central junto a otras aproximaciones teóricas a los procesos comunicativos, o bien desde una enseñanza heterodoxa de las historias, las antropologías y las Sociologías, capaz de dialogar con un campo como el de los estudios culturales que de una u otra manera las interpela e involucra.

cultura y políticas culturales. Santiago: FLACSO, 1988. Por otra parte, un ensayo que sintetiza buena parte de esa historia del pensamiento sociológico en la región es el del sociólogo y profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez, *La sociología en América Latina: etapas y desafíos*. En: **Memorias Primer Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Sociología**, Bogotá: Universidad Nacional, 1992.

⁵ En esa idea de cruzar ese conocimiento general de la sociología latinoamericana con un conocimiento más específico sobre historia y sociología de la comunicación en la región, me parece que puede ser muy útil el conocimiento por los estudiantes de textos panorámicos como el de SUNKEL, Guillermo y Carlos Catalán. *La tematización de las comunicaciones en América Latina*. Documento de Trabajo Santiago: FLACSO - Programa Chile, Serie Educación y Cultura No. 6, Marzo de 1991 (en Colombia fue publicado bajo el título de *Comunicación y política* en la revista **Historia Crítica**, No. 7, del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes); el artículo de Elizabeth Fox *Las políticas de los mass media en Latinoamérica*. En FOX, Elizabeth. **Medios de Comunicación y Política en América Latina**, México: Gustavo Gill, 1989; así como el texto de Luis Ramiro Beltrán *Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en Latinoamérica*, (mimeo), presentado en el **Tercer Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación** realizado en Caracas del 10 al 13 de noviembre de 1976, en: *Lecturas del Curso Nivelatorio. La investigación de comunicación en América Latina*, dirigido por Jesús Martín Barbero, Maestría en Comunicación Educativa, Universidad Tecnológica de Pereira-Facultad de Ciencias de la Educación, Pereira, 1987.

En un contexto histórico como el presente, marcado en el mundo, en Colombia y América Latina por tendencias hacia un mayor reconocimiento y visibilidad de la diversidad cultural de la sociedad, cuando la política ha tenido que prescindir de sus grandes metarrelatos y de sus macrosujetos, donde ella ha perdido su anterior centralidad en la vida social⁶, ha dejado de expresarse prioritariamente a través de sus formas tradicionales de figuración como eran el Estado, los partidos, las ideologías, el sistema electoral y las instituciones propiamente políticas, pasando cada vez más su expresión por la problemática de las identidades culturales (étnicas, regionales, sexuales, de género, medioambientales, grupales o neotribales) y de la influencia cultural de los medios de comunicación, los estudios culturales pueden alimentar búsquedas valiosas alrededor de nuevos espacios, nuevos actores y nuevos procesos de ejercicio de ciudadanía.

Los estudios culturales han venido jugando en América Latina un papel importante en el desbloqueo de las ciencias sociales para pensar una serie de problemas y fenómenos que viejas perspectivas disciplinarias impedían o dificultaban pensar⁷. Ellos han contribuido a que la investigación social se tome en serio la cultura de masas como una entidad respetable con todo lo que en ella pueda haber de interés mercantil o de homogeneización, y han posibilitado pensar las relaciones entre cultura popular y cultura de masas no necesariamente en términos antagónicos o excluyentes.



Los estudios culturales han construido significativos elementos de crítica a los distintos sentidos comunes instrumentales existentes (ya de izquierda, ya de derecha) alrededor de la incidencia social de los medios de comunicación. Es desde ellos que sin abandonar la crítica de las desigualdades sociales, de la concentración de los medios y del poder textual inherente a la comunicación hegemónica, podemos simultáneamente imaginar nuevas iniciativas y nuevos espacios de participación de la sociedad hacia el logro de escenarios de democracia comunicativa.

Para completar esta argumentación sobre la contribución de los estudios culturales a la comprensión de la sociedad contemporánea, quisiera destacar que sin ellos sería difícil una aproximación capaz de dar cuenta de manera integral de los actuales procesos de globalización, de la incidencia de los medios de comunicación en la conformación de las culturas contemporáneas, así como de los contextos y actitudes posmodernas que han surgido en la última década en las sociedades latinoamericanas no solamente como un calco de modas y teorías europeas, sino como resultado de la crisis de nuestros metarrelatos criollos, ya fueran desarrollistas o marxista-revolucionarios.

Desde la valoración positiva del papel de los estudios culturales que acabo de presentar, pero lejos de una visión mesiánica de los mismos, quisiera sugerir que una nueva politización del estudiantado universitario, ya no sobre la base de ningún metarrelato ni ningún macrosujeto histórico de la emancipación, pero sí sobre la base de nuevas identidades socio-culturales y de utopías menores con capacidad de dialogar entre sí y de tejer proyectos de incidencia fuerte en lo micro y de mediano alcance en lo macro, puede ser estimulada desde la difusión de los estudios culturales.

⁶ A este respecto ver LECHNER, Norbert, *¿Por qué la política ya no es lo que fue?*, en Revista **Foro**, No. 29 Bogotá: Foro Nacional por Colombia, mayo de 1996.

⁷ Me refiero a los trabajos de Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Renato Ortiz, José Joaquín Brunner, Beatriz Sarlo, Martín Hopenhayn, Nelly Richard, Guillermo Sunkel y otros analistas culturales de la región.

Comparto sin embargo, la preocupación de John Beverly de que los estudios culturales puedan convertirse en una suerte de *costumbrismo posmodernista*⁸, muy sugerente para la comprensión de las transformaciones culturales contemporáneas, pero al mismo tiempo vaciado de su potencial crítico y de su capacidad de proponer alternativas al status quo hegemónico⁹. Creo que los estudios culturales deben tender y mantener necesarios puentes para un diálogo —obviamente un diálogo crítico— con los estudios politológicos y políticos —la diferencia no es nada despreciable— con miras a retomar tradiciones y viejas experiencias de ciudadanía que no se opongan o puedan articularse y retroalimentarse con sus formas más contemporáneas o *posmodernas*.

El nuevo espacio audiovisual y los retos a la docencia universitaria

Quisiera concluir este ensayo con una reflexión final sobre el nuevo espacio audiovisual contemporáneo y los retos que está planteando a la docencia universitaria. La creciente influencia que a partir de la década de los ochenta han cobrado en América Latina los nuevos lenguajes audiovisuales y multimediáticos, especialmente en niños, jóvenes y adolescentes, que constituyen los grupos sociales crecidos bajo el imperio del nuevo espacio

audiovisual, está planteando dificultades adicionales a las que tradicionalmente se presentaban en el diálogo intergeneracional.

Si la crisis de la escuela primaria y secundaria expresa, en parte, las dificultades de adecuación de ella a los nuevos lenguajes y a las nuevas sensibilidades por ellos estimuladas, en la docencia universitaria también estamos experimentando similares dificultades, relacionadas con la adecuación de anteriores métodos pedagógicos a las nuevas características culturales y tecnoperceptivas del estudiantado. Dificultades para la lectura de textos de cierto nivel de complejidad teórica por parte de los estudiantes; demandas fuertes de incorporación de textos donde además del elemento crítico-reflexivo y argumentativo estén presentes también las dimensiones lúdica y simbólico-expresiva; necesidad de manejar las posibilidades cognitivas de los materiales audiovisuales integrando estos al trabajo en el aula; demandas de salidas de campo con miras a realizar sobre el terreno aplicaciones prácticas del saber teórico; distanciamiento del estudiantado de la clase magistral como forma hegemónica en el desarrollo de los cursos, son sólo algunos de los problemas y retos que estamos actualmente experimentando en la docencia universitaria en las facultades de Comunicación.

Diría finalmente, que los programas universitarios de Comunicación Social tienen precisamente la gran posibilidad y el gran reto de conjugar de la manera más integral posible una sólida formación teórica en Comunicación y en las disciplinas sociales, con una serie de saberes, oficios y destrezas ligadas a las demandas estéticas y simbólico-expresivas de las culturas y las prácticas comunicativas contemporáneas.

⁸ BEVERLY, John. *Estudios culturales y vocación política*. En *Revista de Crítica Cultural*, No. 12. Santiago de Chile: julio de 1996, p. 50.

⁹ Sin sentirme ubicado en la perspectiva política del autor, reivindicativa de los estudios subalternos, coincido con Beverly en el reconocimiento de la importancia de la vocación política de los estudios culturales y en la valoración del papel jugado por ellos en la comprensión de muchas de las realidades de la cultura contemporánea.